

## *Ilustración escocesa*

Amán ROSALES RODRÍGUEZ  
(Universidad de Costa Rica)

### **Resumen**

En este artículo, el autor ofrece una interpretación de la importancia filosófica actual de la Ilustración escocesa. Después de un amplio repaso de las principales características de este movimiento y del pensamiento de figuras escocesas clave del siglo XVIII, se propone que discusiones del momento en torno a la naturaleza y perspectivas del progreso en la historia, podrían beneficiarse de una reconsideración crítica de ciertos puntos de vista expuestos por los *literati* escoceses.

*Palabras clave:* Ilustración escocesa, filosofía política, filosofía moral, filosofía social, progreso.

### **Abstract**

In this paper, the author offers an interpretation of the present day philosophical significance of the Scottish Enlightenment. After a broad review of the main characteristics of that movement and of the thought of major Scottish figures of the 18<sup>th</sup> century, the author proposes that contemporary debates concerning the nature and perspectives of progress in history could derive benefit from a critical reconsideration of some views put forth by the Scottish *literati*.

*Keywords:* Scottish Enlightenment, political philosophy, moral philosophy, social philosophy, progress.

La Ilustración escocesa del siglo XVIII se ha beneficiado de un bien merecido renacimiento historiográfico en pasados lustros. De forma no casual, este renacer ha corrido parejo con el notable *boom*, experimentado también en las últimas décadas, de estudios de gran calidad sobre la figura más emblemática de dicho movimiento: David Hume. No obstante, pese al competente y riguroso examen recibido, ese movimiento histórico e intelectual ofrece todavía una rica veta de ideas y sugerencias a disposición de interesados de las disciplinas más diversas. El auténtico corazón de dicha Ilustración lo conforma el fondo teórico elaborado por un heterogéneo grupo de autores conocidos como los *literati*, filósofos o moralistas escoceses – los tres calificativos serán usados indistintamente a lo largo de este trabajo –: Francis Hutcheson, David Hume, Adam Smith y Adam Ferguson son algunos de los personajes más conocidos de dicho grupo pero de ninguna manera los únicos dignos de tomar en cuenta. Entre las figuras menores, pero no menos significativas por su aporte a la causa común, sobresalen nombres como los de Hugh Blair, John Millar, William Robertson, Lord Kames (Henry Home), entre otros.

Uno de los temas o problemas que más preocuparon a todos esos autores fue la compleja relación entre el anhelado *avance histórico*, de carácter económico o material, y el no menos deseado *perfeccionamiento moral* del ser humano. Del interior de esta relación surgen, a su vez – esta es la idea más importante en la que tienden a coincidir, explícita o implícitamente, todos los *literati* escoceses –, ciertas situaciones paradójicas que es preciso aceptar, aunque no necesariamente de modo pasivo o resignado, en la medida que son resultado de las propias circunstancias históricas. En este ensayo, el énfasis se ha puesto en recuperar aquella parte de la visión histórica de los filósofos escoceses que aún tiene relevancia para discusiones actuales en torno las posibilidades del progreso. Por cierto no se ignora que ha habido una cierta tendencia a desestimar como ilusas o al menos como ingenuas las ideas de esos filósofos – pero en general de los autores asociados con la Ilustración europea –. Sin embargo, un examen detenido de las intenciones de dichos intelectuales hace que surjan importantes dudas respecto de tal forma de descalificación teórica.

Este trabajo parte de la convicción que las opiniones de los *literati* en torno a problemas propios de lo que hoy se llamaría ‘ciencia social’ o ‘filosofía social’ sorprenden por la agudeza, por la perspicacia en el análisis efectuado.<sup>1</sup> El objetivo general propuesto reza así: se trata de insistir en que

---

<sup>1</sup> En lo sucesivo se utilizarán, siguiendo el ejemplo de D. Carrithers, comillas simples para destacar términos – como ‘sociología’, ‘ciencia social’, ‘economía política’ y ‘sociología

varias de las ideas gestadas o desarrolladas durante la Ilustración escocesa en torno a la relación entre historia, moralidad y progreso, tienen no solo un interés historiográfico de suyo legítimo, como aportaciones de valor permanente para la historia de las ideas. Pero es que más importante, tales ideas conservan una significativa ‘actualidad’ filosófica que las hace harto pertinentes, como se dijo en el párrafo anterior, para debates actuales en distintos ámbitos teóricos en los que aún se discute sobre la naturaleza y perspectivas del progreso humano. Uno de esos ámbitos es el de la *filosofía de la historia*. Aunque hoy en día relegada al olvido o considerada en franco estado de caducidad, aquí se desea defender (en forma más bien tentativa, a guisa de propuesta) que la amplia perspectiva histórica y teórica impulsada por algunos de los *literati* para el estudio de la historia y la sociedad, debidamente asimilada, podría insuflarle nuevos ánimos al proyecto, todavía importante, de repensar las posibilidades de una filosofía autocrítica de la historia.

El desarrollo de los argumentos se da como sigue. En la primera sección del trabajo se efectúa un somero repaso sobre aspectos relativos al origen y características básicas de la Ilustración escocesa. En la segunda se ahonda un poco más en lo que bien puede llamarse, desde un punto de vista filosófico-sociológico, *el* tema general de mayor envergadura abordado desde el movimiento ilustrado escocés: la naturaleza social del ser humano. En esta misma segunda sección se hace referencia a algunos de los principales autores – como los ya aludidos, Hume, Smith y Ferguson – que colaboraron en el proceso de consolidación de aquel enfoque ‘sociológico’ que muchos estiman típico de la Ilustración escocesa. Por supuesto, en ningún momento se quiere sugerir que este trabajo esté incursionando en *terra incognita* con su presentación del movimiento ilustrado escocés. Antes bien, tomadas en conjunto y apoyadas en una parte de la literatura especializada sobre el tema, lo que las dos primeras secciones buscan es facilitar la asimilación del conjunto de rasgos distintivos que los mejores estudios disponibles aprecian como tales respecto de la Ilustración escocesa. En la sección tercera y final se ofrecen algunas reflexiones en torno a la relevancia filosófica presente de dicho movimiento. Se toma como ejemplo el tratamiento que ha recibido desde su inte-

política’, entre otros – cuya creación no cabe atribuírsela sin más, so pena de craso anacronismo, a los ilustrados escoceses. El que a pesar de todo se empleen con cierta frecuencia en este trabajo obedece a que, como aclara y justifica atinadamente Carrithers en su valioso recuento histórico, si bien la ‘ciencia social’ de los filósofos de la Ilustración “was, of course, different from the sociology of later epochs reflecting a different context, it was not so completely different as to be wholly without relevance for what nineteenth-century perspectives would produce.” Cf. CARRITHERS, D., “The Enlightenment Science of Society”, en: FOX, Ch., R. PORTER, R. WOKLER (eds.), *Inventing Human Science. Eighteenth-Century Domains*. Berkeley: University of California Press, 1995, p. 234.

rior – pero de manera sobre todo implícita – la noción moderna de ‘progreso’.<sup>2</sup>

## I

En su instructiva y reciente exposición acerca del aporte escocés a la Ilustración, John Robertson compara lo que a su criterio han constituido dos perspectivas rivales para su interpretación. Mientras que desde los años sesenta – por lo menos – del siglo pasado la tendencia dominante buscaba conectar la Ilustración escocesa con la corriente general ilustrada, particularmente la francesa, estudios más recientes, bajo diversas influencias ‘posmodernas’, han cuestionado vigorosamente la validez de dicha lectura. Si para un primer grupo de historiadores pioneros como G. Bryson, D. Forbes y H. Trevor-Roper, era posible plantear – en su caso bajo el influjo de la historia de las ideas y su preferencia por la continuidad intelectual –, que la expresión ‘progreso de la sociedad’ resumía el tema unificador de todo el movimiento ilustrado europeo, desde una segunda posición, más cercana en el tiempo, se ponía en entredicho la validez de semejante lectura reductora de tan disímiles y variados contextos culturales y nacionales a una única posibilidad de entender la necesidad, la razón de ser de la Ilustración.<sup>3</sup> Por su parte, Robertson estima necesario rescatar el sentido de unidad intelectual que a su criterio presenta el movimiento ilustrado escocés. Su punto de vista – que en líneas generales aquí se comparte – es que se impone la recuperación del tema del *progreso social* como aglutinante de los esfuerzos de los *literati* en tres ámbitos preferenciales de sus esfuerzos ‘científicos’. Estos ámbitos, por presentar a continuación de forma muy sumaria y siguiendo la enumeración propuesta por Robertson, son los de la filosofía moral, la narración histórica y la ‘economía política’.<sup>4</sup>

---

<sup>2</sup> En relación con este término central de la historia de las ideas occidental, valga aclarar que en este trabajo se acoge la siguiente definición, propuesta en una amplia e importante obra sobre el tema: “[...] the idea of progress will here be taken to mean the belief in the movement over time of some aspect or aspects of human existence, within a social setting, toward a better condition.” Cf. SPADAFORA, D., *The Idea of Progress in Eighteenth-Century Britain*. New Haven & London: Yale University Press, 1990, p.6.

<sup>3</sup> Una obra colectiva que ilustra esta tendencia es la de PORTER, R. y M. TEICH (eds.), *The Enlightenment in National Context*. Cambridge: Cambridge University Press, 1981. Sobre el movimiento escocés véase el trabajo de Nicholas Phillipson, “The Scottish Enlightenment”, pp. 19-40.

<sup>4</sup> Según ese autor: “Despite critical differences between them, differences which have if anything been under-appreciated, I shall argue that the philosophers of the Scottish Enlightenment were unified by the commitment to human betterment in this world as the mea-

El campo de la filosofía moral fue siempre uno de los preferidos de los filósofos escoceses del siglo XVIII. La figura clave inicial es sin duda la de Francis Hutcheson, considerado por un autor reciente como el auténtico “padre” de la Ilustración escocesa.<sup>5</sup> Uno de los problemas capitales abordados en común desde el ámbito moral – pero también desde ángulos diferentes y hasta enfrentados – por autores como Hutcheson, Hume y Smith fue el desafío del provocador ‘cinismo’ mandevilleano (por comentar adelante con más detalle) a la creencia en disposiciones morales innatamente benevolentes y solidarias en las personas. Toda vez que para el filósofo moral resultaba imperativo indagar si semejantes cualidades podían surgir de una sociedad expuesta a los excesos y tentaciones que trae consigo la opulencia material, luego “la principal cuestión analítica” era “si la sociabilidad, la virtud y la justicia eran naturales a la humanidad, o más bien construcciones artificiales de individuos interesados.”<sup>6</sup>

En lo tocante a la narración histórica, Robertson indica que los *literati* la practicaron de dos maneras diferentes. Por un lado, en la variante de la “historia conjetural o teórica” (como la célebre *Natural History of Religion*, de Hume), entendida como un relato básicamente ‘naturalizado’ y secular de las condiciones materiales que propician el desarrollo social. Como ejemplo eminente de este enfoque debe citarse la célebre ‘teoría (‘sociológica’) de los cuatro estadios’. Por otro lado, la segunda forma de investigación histórica se expresó, según Robertson, en la “narrativa tradicional” (como la *History of England*, también de Hume). El tercer foco de interés de las preocupaciones intelectuales de los escoceses estuvo representado por la ‘economía política’. Su estudio dio expresión al interés de esos autores (sobre todo Hume y Smith) por determinar el tipo de estructura económica que mejor facilita el progreso social de una manera equitativa y justa. Así, por ejemplo, contra la

---

sure of progress, and to investigating the conditions of its achievement.” Asimismo, al final de su trabajo, la idea se recalca nuevamente: “Even if thirty years of scholarship have complicated matters enormously, therefore, it is still possible to argue that the Scottish contribution to the Enlightenment lay first and foremost in the analysis and advocacy of the progress of society.” ROBERTSON, J., “The Scottish Contribution to the Enlightenment”, *An Electronic Seminars in History Presentation*, <URL: <http://ihr.sas.ac.uk/ihr/esh/scot.html>>. Dadas las características de los documentos disponibles en Internet, cuando no haya indicación clara del número de página, como en el caso presente del trabajo de Robertson, las citas que siguen se harán señalando el número de sección, seguido entre paréntesis del párrafo correspondiente. Así, los pasajes anteriores pueden encontrarse en las secciones I (9) y IV (1).

<sup>5</sup> Cf. CAMPBELL, T. D., “Francis Hutcheson: ‘Father’ of the Scottish Enlightenment”, en: CAMPBELL, R. H. y A. S. SKINNER (eds.), *The Origins and Nature of the Scottish Enlightenment*. Edinburgh: John Donald Publishers Ltd., 1982, pp. 167-85.

<sup>6</sup> Robertson, *op. cit.*, III (5).

concentración tradicional en la agricultura, concebida como actividad principal de subsistencia a la que todas las demás debían supeditarse, el nuevo enfoque económico ofrecido por Hume y otros *literati* defendía la práctica del comercio como agente principal del progreso social.

El notable despliegue de creatividad y tenacidad de que ofrece testimonio el intenso trabajo de los filósofos escoceses en las tres áreas intelectuales antes reseñadas, da sustento a la imagen de dichos autores como representantes de una perspectiva teórica básicamente optimista. Los miembros del círculo de filósofos escoceses estaban conscientes del extraordinario momento histórico en que los tocó desarrollar su actividad investigadora y profesional. Esta conciencia los dotó de una significativa cuota de confianza respecto a lo que podía lograrse en una sociedad económicamente pujante aunque retrasada por comparación con Inglaterra. Dicho lo anterior, de inmediato hay que añadir que la actitud de exuberante optimismo, con la que todavía se tiende a identificar el talante ilustrado en general (pero especialmente el francés), y el escocés en particular, debe verse de forma más cualificada o diferenciada.<sup>7</sup> Importa destacar el aspecto del optimismo y detenerse un momento en su apreciación, porque de ello depende en buena medida un juicio sensible sobre la opinión de los moralistas escoceses acerca de la relación entre historia, moralidad y progreso.

La creencia en un orden moral natural, dispuesto de manera fundamentalmente armoniosa y buena, ha sido asociada de forma tradicional con el

---

<sup>7</sup> Hace ya más de cuatro décadas que H. Vyverberg, por ejemplo, había llamado la atención sobre el papel que tuvo el “pesimismo histórico” durante el siglo XVIII. Su objetivo no era refutar la importancia concedida al optimismo en la conformación de los ideales ilustrados, sino poner de relieve el papel nada despreciable que también desempeñaron en ese período ideas de decadencia, ciclos y flujos históricos. Aunque su erudito estudio se concentra exclusivamente en los *philosophes* franceses, algunas de sus conclusiones podrían ser válidas también, *mutatis mutandis*, para sus colegas insulares, e.g.: “The Enlightenment was characterized by a heightened sense of earthly destiny, and if it was conscious of progress so too was it conscious of decadence and historical flux.” Cf. VYVERBERG, H., *Historical Pessimism in the French Enlightenment*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1958, p. 231. En otra importante obra, su autor prefiere distinguir tres tipos de optimismo vigentes en el siglo XVIII: *metafísico, empirista y de redención*, antes que hablar en forma desorientadora de un optimismo indiferenciado y monolítico. En todo caso, su opinión es más cualificada de lo que se desprende de cierta imagen más tradicional sobre el período: “It would be untrue to say that the eighteenth century was wholly without misgivings. Shadows fell across the sunlight of ‘les lumières’. D’Alembert shed tears for all his philosophical assurance; and Diderot never happily reconciled the moral values permissible to his pen at home with those he thought proper for his daughter in the world outside.” Cf. VEREKER, Ch., *Eighteenth-Century Optimism. A Study of the Interrelations of Moral and Social Theory in English and French Thought between 1689 and 1789*. Liverpool: Liverpool University Press, 1967, p. 13.

optimismo ilustrado. En esto no hay ningún problema siempre y cuando se recuerde que dicha creencia no es necesariamente compatible con otra creencia o idea vinculada con dicho optimismo: la idea de ‘progreso’. Este punto es preciso traerlo a colación porque el *dilema* – inmanente al pensamiento de buena parte de los ilustrados del siglo XVIII – entre dos modos de percibir optimistamente la realidad, se halla presente de forma particularmente acusada en la mentalidad de varios de los moralistas escoceses. El dilema consiste en tomar la realidad o bien – modalidad ‘conservadora’ – como una estructura más o menos *fija* de una vez y para siempre, del modo en que se refleja, por ejemplo, en la milenaria idea de la ‘escala del ser’, o bien – modalidad ‘progresista’ – como un marco facilitador, en el presente y de cara al futuro, de la perfectibilidad humana.<sup>8</sup> Resulta tentador especular que el conflicto ‘dialéctico’ suscitado por la presencia de esas dos formas ilustradas de enfrentarse intelectual y emocionalmente con la realidad fue ‘resuelto’ por algunos de los autores escoceses – siquiera de manera parcial – merced a la aceptación de una noción de ‘progreso’ más compleja de lo usual. Es esta noción, justamente, la que está en juego al interior de uno de los recursos teóricos más populares entre aquellos autores: ‘la teoría de las consecuencias imprevistas o no intencionadas’

Dada la importancia que tuvo para los *literati* la tarea de elaborar un modelo teórico adecuado que fuera capaz de reflejar el carácter ‘dialéctico’ y enmarañado, para nada simplemente lineal, del progreso humano en la historia, no es de extrañar que la aplicación del ‘método experimental’ ocupara un primerísimo plano en sus discusiones: tanto para el estudio de la estructura propia de las instituciones sociales heredadas como para el de los factores que detienen o propician su avance – e.g., en términos de mejores condiciones de justicia y equidad económica, pero también de tolerancia religiosa y estabilidad política –. Recursos teóricos como la teoría de los cuatro estadios y la del orden social espontáneo, así como la misma ley o teoría de las consecuencias no deliberadas, constituyen productos del esfuerzo invertido por los filósofos escoceses a efecto de aplicar dicho método a la realidad social.

---

<sup>8</sup> Un fascinante relato sobre la forma en que diversos autores del siglo XVIII y parte del XIX percibieron dicho trance teórico lo ofrece WILLEY, B., *The Eighteenth Century Background. Studies on the Idea of Nature in the Thought of the Period*. 7ª reimpr. London: Chatto and Windus, 1961. La conclusión de Willey es que “the main tenor of later eighteenth century thought was towards the abolition of avoidable evils, and an indefinite progress towards perfection. Man need not ‘stay put’; perfectibility, as Godwin later said, is one of his main distinguishing marks. An optimism of progress supersedes the optimism of acceptance.” Pp. 55-6. Se trata de una conclusión concordante con los sentimientos de los *literati* escoceses sobre el mismo conjunto temático.

Ahora bien, ¿qué características tenía la situación histórica de la época, la que se quería abordar ‘sociológicamente’, y cuáles eran aquellos “signos de cambio” (como los llama J. Rendall) que autorizaban creer en la cercanía de tiempos mejores para la sociedad escocesa?.

Así como fueron evidentes, según A. Chitnis, los primeros indicios de un ‘renacimiento’ ilustrado en las tres primeras décadas del siglo XVIII, alcanzando su florecimiento entre 1750 y 1780, después de esos años el impulso ilustrado mermaría en forma considerable, hasta desvanecerse en la primera mitad del siglo siguiente. Con la Ilustración escocesa se trató, en primer término, de un movimiento de índole fundamentalmente urbana estimulado por la creación y vigorización, por distintos medios, de formas variadas de intercambio intelectual y social entre personas pertenecientes a profesiones diversas. Importa destacar también, en segundo término, que con la Ilustración escocesa se trató de un movimiento en estrecha simbiosis con un ambiente social en continuo crecimiento material. Con razón anota Chitnis que dicho intercambio fue crucial y ello mismo dificulta distinguir nítidamente entre ilustración ‘puramente’ intelectual y mejoramiento o progreso (*improvement*) ‘meramente’ material. Dicho autor menciona tres tipos de avance: en la agricultura, en educación y alfabetismo, y en la construcción de la nueva ciudad de Edimburgo. En los tres se pone claramente de manifiesto la tendencia hacia el progreso en el período inmediatamente anterior (1750-80) a la etapa de mayor auge de la Ilustración. En vista de todo ello no es casual que el interés por temas que hoy se considerarían pertenecientes a la ‘filosofía social’, a la ‘sociología’, adquiriera entonces preeminencia.<sup>9</sup>

Entre los principales agentes catalizadores del movimiento ilustrado, Chitnis cuenta a tres instituciones que desempeñaron un perspicuo papel en la historia escocesa por lo menos desde el siglo XVII. Se trató de la Iglesia (*Kirk*), y los sistemas legal y educacional. De ahí que no fuera para nada fortuito que la élite intelectual conductora del movimiento ilustrado estuviese constituida, mayoritariamente, punto acentuado tanto por Chitnis como por otro especialista, A. Broadie, por personas estrechamente ligadas a la Iglesia (clérigos y ministros), así como por abogados y profesores universitarios (Chitnis recuerda la excepción más notable: David Hume).<sup>10</sup> En el mismo sentido sugerido por Chitnis, J. Rendall ha insistido en que desde comienzos

---

<sup>9</sup> Cf. CHITNIS, A. C., *The Scottish Enlightenment. A Social History*. London: Croom Helm, 1976, pp. 4-10.

<sup>10</sup> Cf. sobre este vasto campo temático, SHER, R., *Church and University in the Scottish Enlightenment. The Moderate Literati of Edinburgh*. Princeton: Princeton University Press, 1985.



del siglo XVIII comenzó la convergencia de circunstancias que a la postre apuntalarían la intelectualmente privilegiada posición escocesa, sobre todo de la ciudad de Edimburgo, en el panorama cultural europeo. Durante las tres o cuatro primeras décadas del siglo comenzaron a gestarse las condiciones propiciadoras de dicho sitio.

Rendall señala tres factores como indicativos claros de un marcado avance cultural: en primer término, la lenta pero firme consolidación académica y financiera de las universidades como centros principales de formación cultural; pero también, el incremento de la oferta cultural materializada en libros, revistas, teatros, asociaciones de grupos artísticos, científicos y literarios, así como en la aparición de más casas editoriales, etc., dio todo ello un espaldarazo decisivo a la sociedad escocesa, especialmente a las ciudades de Edimburgo y Glasgow. En segundo lugar, el papel desempeñado por diversos clubes, como el exclusivo *Select Society* de Edimburgo, merece resaltarse, pues estos clubes fungieron como centros de una renovada conciencia de extender y fortalecer, mediante la procura del refinamiento del trato personal y el intercambio cortés entre gente culta, las más altas manifestaciones de sociabilidad y sensibilidad individual.<sup>11</sup> Como un tercer factor, Rendall menciona, al igual que Chitnis, una actitud de cierta apertura ideológica por parte de la Iglesia presbiteriana de Escocia respecto a formas menos inflexibles y rígidas de teología. El nombramiento de un autor moderado como Francis Hutcheson en la cátedra de filosofía moral de la Universidad de Glasgow hizo más fácil la entrada de tendencias más liberales de pensamiento religioso.

En un trabajo más reciente que los de Chitnis y Rendall, Ch. Berry ha insistido en que un examen a fondo de las particularidades de la sociedad e Ilustración escocesas debe parar mientes en un surtido de componentes muy interrelacionados; a saber: el aspecto político, el problema del cambio económico, el papel desempeñado (de nuevo) por la Iglesia y las universidades, y, finalmente, el carácter idiosincrásico de la cultura escocesa en esa época,

---

<sup>11</sup> Parte de la justificación ofrecida por Allan Ramsay para fundar en 1712 uno de esos célebres clubes, el "Easy Club" de Edimburgo, merece ser citada: "The gentlemen who compose this society considering how much the immaturity of years want of knowing the world and experience of living therein exposes them to the danger of being drawn away by unprofitable company to the waste of the most valuable part of their time, have resolved at some times to retire from all other business and company and meet in society by themselves in order that by a mutual improvement in conversation they may become more adapted for fellowship with the politer part of mankind, [...]." Cit. por RENDALL, J., *The Origins of the Scottish Enlightenment*. London: Macmillan, 1978, p. 62.

o más simplemente el “espíritu de la época”.<sup>12</sup> La sociedad escocesa se percibía a sí misma como una sociedad comercial embarcada en un proceso lento pero firme de prosperidad material. Importa aclarar que si bien nociones como ‘avance material’, ‘crecimiento económico’ y ‘floreamiento comercial’, representan matices de un mismo concepto clave para los *literati*, como fue, según Berry, la noción inglesa de *improvement*, esto no implica la existencia de una conciencia ingenua acerca del progreso. Por el contrario, el concepto ilustrado escocés de ‘progreso’ está estrechamente ligado a una despierta conciencia acerca del carácter incierto, susceptible de sufrir demoras significativas, que presenta la marcha de la historia. Pero con todo, la perspectiva general es, para recalcarlo nuevamente, de confianza en el futuro.<sup>13</sup>

Por cierto que el carácter más moderado de la Iglesia escocesa, aspecto ya indicado con antelación, no se abrió camino sin una fuerte resistencia de bandos doctrinales más conservadores y ortodoxos. En todo caso, la alianza de una cierta moderación religiosa con los anhelos ilustradores de los *literati*, impensable de haberse impuesto un enfoque teológico rigurosamente calvinista, fue sumamente fructífera para los objetivos del grupo mayoritario de filósofos escoceses. Con relación al papel de las universidades, se constata una llamativa transición de una tendencia abrumadoramente religiosa a otra de acento más mundano, más acorde con la realidad de la sociedad escocesa del momento. Berry hace referencia a dos cambios organizacionales que ponen de relieve un vivo deseo de reforma universitaria. Por un lado, se abandonó en forma gradual la práctica de impartir conferencias en latín (en todo caso la lengua oficial de los eruditos), y, por otro, se implantó el sistema de profesores y clases especializados, en sustitución del antiguo de un solo profesor para todos los cursos. Alrededor de 1730 tuvo lugar una serie de cambios significativos en la metodología educativa de las universidades, sobre-

---

<sup>12</sup> Cf. para lo que sigue, BERRY, Ch. J., *Social Theory of the Scottish Enlightenment*. Edinburgh: Edinburgh University Press, 1997, pp. 8-19.

<sup>13</sup> En el capítulo 7, “The Progress of Human Culture: Scotland”, de su imprescindible investigación sobre el tema, Spadafora recalca que “on the whole the Scots *did* consider the pattern of development that they discerned in history to be broadly progressive [...]. Although the views of the *literati* on the progress of human culture are hardly monolithic, the similarities in them far outweigh the differences.” *Op. cit.*, p. 254. La conclusión de que su perspectiva teórica era fundamentalmente “progresiva” no entra en contradicción con el hecho de que fuera, al mismo tiempo, una perspectiva más comedida sobre el progreso que la de ilustrados de otras latitudes, especialmente del país gallo. Los lectores interesados en las semejanzas y diferencias entre Escocia e Inglaterra respecto al progreso deben recurrir al prolijo estudio de Spadafora.

saliendo el estímulo de la iniciativa del alumno.<sup>14</sup> Además, en el aspecto curricular, el equilibrio tendió a mantenerse entre los aspectos intelectuales (con la introducción, por ejemplo, del sistema newtoniano) y los de cariz práctico, obviamente muy atractivos para ese momento de desarrollo industrial en ciernes.<sup>15</sup>

En opinión, de Berry, el espíritu escocés en la época de la Ilustración, se manifestó además en un conjunto de rasgos de importancia solo menor en apariencia que los anteriores. Entre ellos se cuenta una marcada preocupación por configurar un carácter nacional afín y diferente a la vez respecto a la dominante cultura inglesa. De ahí la insistencia por estimular todo aquello que contribuyera – como la creación de clubes y universidades – al incremento de cualidades como la cortesía, la urbanidad y el refinamiento en las relaciones interpersonales y sociales. Los *literati* escoceses tenían clara su desventajosa posición frente a lo que muchos de ellos percibían como claros síntomas de fobia anti-escocesa de parte del Imperio.<sup>16</sup>

Todo ese conjunto de factores convergió en una visión de la sociedad concentrada en estimular lo que podría llamarse una aproximación fundamentalmente empírica a los fenómenos sociales. Aunque no se trataba de un enfoque incompatible en todos los casos con la aproximación religiosa, su tendencia más radical, a la postre triunfante, sí que estaba determinada por aquel mismo interés metodológico que Hume hiciera explícito en el llamativo subtítulo de su primera obra, a la que califica de “an Attempt to introduce the experimental Method of Reasoning into Moral Subjects”.<sup>17</sup> El estudio de

---

<sup>14</sup> Una minuciosa exposición histórica sobre la evolución y características del sistema universitario escocés, antes y después de 1730, puede verse en el instructivo ensayo de CANT, R. G., “Origins of the Enlightenment in Scotland: the Universities”, en: R. H. Campbell y A. S. Skinner, *op. cit.*, pp. 42-64. Según Cant, la relativa lentitud e inicial imperfección con que se impuso el espíritu ilustrado en las universidades escocesas no puede opacar el éxito final obtenido con recursos propios, “[...] the remarkable thing is how widely the new ideas and new methods of instruction were distributed, and at the same time to what peaks of intellectual distinction men involved in the teaching of large numbers of extremely young and often unsophisticated students could attain while at the same time elevating the minds of those under their care and guidance.” P. 59.

<sup>15</sup> Con palabras de Berry: “Aside from the development of vocational classes in law and medicine, there was expansion in subjects like chemistry and botany, which had obvious uses in agricultural improvement and ‘industry’.” *Op. cit.*, p. 15.

<sup>16</sup> “Whenever the Scots ventured into London they were made aware of their status. Hume, whose correspondence is particularly revealing, remarked that ‘some hate me because I am not a Tory, some because I am not a Whig, some because I am not a Christian and all because I am Scotsman’.” Cit. por Berry, *ibid.*, p. 18.

<sup>17</sup> HUME, D., *A Treatise of Human Nature*, ed. by L. A. Selby-Bigge, 2<sup>nd</sup> edn. revised by P. H. Nidditch. Oxford: Clarendon Press, 1978, p. xi.

los primeros principios de la naturaleza humana, propuesto y emprendido por Hume en su *Treatise*, comparte una serie de hipótesis o supuestos teóricos con los diversos intentos de sus contemporáneos por elaborar ‘historias naturales’, ‘historias conjeturales’ o ‘filosóficas’ (léase ‘experimentales’) de los fenómenos sociales.

Harto sabido es que la ‘filosofía moral’ ambicionada por los *literati* escoceses consiste, en gran parte, en un esfuerzo por aplicar los principios básicos de la ‘filosofía experimental’ o método experimental newtoniano a los ámbitos económico, político y social. La *science of man* de Hume desea erigirse sobre la base segura de cautas observaciones del comportamiento humano; pues en eso consisten básicamente los ‘experimentos’ que habrán de contribuir a desvelar los mecanismos, con seguridad comunes (como el principio de ‘asociación’), de la psicología individual y la vida social.<sup>18</sup> La mayoría de sus contemporáneos ‘científicamente’ orientados, podrían coincidir con Hume en la intención básica de su proyecto filosófico.<sup>19</sup>

## II

Si hay un ámbito de investigación intelectual con el que usualmente se identifica al movimiento ilustrado escocés es con el del estudio ‘empírico’ o ‘naturalizado’ de las sociedades humanas. En este respecto, tanto el bando de los *literati* como su contraparte francesa, los *philosophes*, se concentraron con especial intensidad en el estudio ‘científico’ de la sociedad, o más restringidamente, como apunta D. Carrithers, de la *sociedad civil*. Es sorpren-

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. xix.

<sup>19</sup> Cf. Rendall: “Newton appeared as the patron of empirical method, a method which was infinitely adaptable to other worlds beside that of natural philosophy.” *Op. cit.*, p. 19. Como ilustración de lo anterior, las palabras de uno de los más entusiastas admiradores del sabio inglés, George Turnbull en 1740, no necesitan glosa: “[...] I was led long ago to apply myself to the study of the human mind in the same way as to that of the human body, or any other part of *Natural Philosophy*: that is, to try whether due inquiry into moral nature would not soon enable us to account for *moral*, as the best of *Philosophers* [es decir, Newton] teaches us to explain *natural* phenomena.” Cit. por Rendall, p. 72. De otra parte, tal y como lo entiende con claridad otro destacado propagandista del método newtoniano, Colin Maclaurin en 1748, dicho método no puede consistir solo en *experimentos* y *observaciones*. Por sí mismos, estos no podrían dar cuenta de la concatenación de causas y efectos activos en la naturaleza. Hace falta aún un tercer elemento (más difícil de emplear, por cierto en la esfera moral): la *geometría*: “This is the instrument, by which alone the machinery of a work, made with so much art, could be unfolded; and therefore he [Newton] sought to carry it to the greatest height.” Cit. por BROADIE, A. (ed.), *The Scottish Enlightenment. An Anthology*. Edinburgh: Canongate Classics, 1997, p. 785.

dente la variedad de temas abordados desde lo que podría llamarse un enfoque metodológico colectivista, por contraste con uno individualista, en conexión con dicha forma de asociación humana.<sup>20</sup> En los escritos de los escoceses hay una preocupación constante por averiguar cómo es posible la existencia de sociedades comerciales dotadas de un importante excedente en comodidades materiales, pero débiles o frágiles en su constitución espiritual y moral. Los temas de interés general fueron afrontados desde una teoría social ambiciosa y altamente original cuyos principios filosóficos guardan, pese a la heterogeneidad intelectual de los *literati*, un innegable parecido de familia. Ello no es casual en vista del alto grado de comunicación y discusión mutua de las ideas.

El interés ilustrado escocés por la naturaleza social del ser humano no puede desligarse de la creencia en la necesidad de abordar empíricamente los distintos modos en que dicha naturaleza se manifiesta en la historia y la cultura. Contra pretensiones metafísicas de conocer esencias inalterables, últimas de la sociabilidad humana, los moralistas escoceses insistieron en la necesidad de tomar a los grupos humanos en su contexto específico y concreto de evolución económica. El estudio empírico de las instituciones creadas por seres humanos, pero que, una vez en funcionamiento, moldean decisivamente a sus diseñadores originales, se revela como la clave para comprender la asombrosa variedad de presentaciones de aquella sociabilidad. No menos sorprendente para los ilustrados escoceses era el hecho de que de tal mezcla de intenciones y consecuencias no premeditadas pudiera resultar un progreso general y relativamente duradero en los asuntos humanos.

El punto anterior merece resaltarse pues con él se explica en gran medida la reacción crítica de los filósofos escoceses contra las doctrinas o ideas adelantadas por T. Hobbes y B. Mandeville. Como alternativa a los enfoques excesivamente pesimistas de esos autores, conducentes a lo que muchos estimaban un nocivo escepticismo moral, se defiende una concepción más equilibrada de la imperfecta pero no enteramente corrompida naturaleza humana. Bien señala G. Bryson, en su estudio clásico sobre el período, que la noción

---

<sup>20</sup> Baste una pequeña muestra, extraída del detallado estudio de Carrithers, del extenso catálogo de problemas abordados en el curso del siglo XVIII: "These included the natural, that is, noncontractual, origins of civil society; the evolutionary origins of property, government, and justice; the role of such natural sentiments as benevolence and sympathy as contributors to social bonding; the origins and implications of the social division of labor; the impact on legal systems of the advent of property and of changing modes of subsistence; the relation between governmental types and underlying psychological and social conditions; the influence of such physical causes as climate, geography, and extent of territory on human behavior and thus, indirectly, on social development; [...]", etc. Cf. Carrithers, *op. cit.*, p. 235.

ética fundamental del ‘amor propio’ (*self-love*) no comportaba automáticamente para los ilustrados escoceses la aceptación incondicional del egoísmo desenfrenado. En su variante ciertamente más optimista, la perspectiva de estos autores reposaba sobre la creencia de que el ser humano es proclive a sentir una sincera simpatía, incluso benevolencia hacia sus congéneres. El ser humano tiene, según la opinión generalizada de la época, una disposición favorable al *fellow-feeling*, se trata de “una criatura decentemente dispuesta, aun cuando siga sus propios intereses.”<sup>21</sup>

La visión esencialmente optimista sobre el ser humano como una criatura motivada al comportamiento moral, sociable, incluso noble, se trasluce en la manera en que los *literati* trabajaron sobre dos núcleos temáticos característicos – por lo demás íntimamente entrelazados – del período general del siglo XVIII. De acuerdo a la opinión de R. Meek, expresada en su conocido estudio sobre el tema, el enfoque ‘sociológico’ de los moralistas escoceses, si bien marcado por las particularidades de su contexto social, tiene en común con la más famosa Ilustración francesa la idea central que tanto la naturaleza como la sociedad comparten una complicada concatenación de causas y efectos cuyo descubrimiento y análisis le competía como tarea primordial al ‘científico social’.<sup>22</sup> Pero además de dicha idea, ambos movimientos ilustrados compartían otros elementos, como una teoría empirista del conocimiento de corte lockeano, así como la creencia en una legalidad activa de ‘consecuencias no intencionadas’, es decir, el convencimiento de que en la relación del ser humano con sus instituciones interviene una serie de circunstancias imprevistas que determinan su forma final. Por supuesto, Meek sostiene como tesis central de su obra que el producto socioeconómico más influyente de aquellos factores fue lo que él llama la “teoría de los cuatro estadios”. Este importante primer grupo temático fue asimilado con variaciones por diversos autores, desempeñando siempre un papel significativo en sus res-

<sup>21</sup> BRYSON, G., *Man and Society: the Scottish Inquiry of the Eighteenth Century* [1945]. New York: Augustus M. Kelley – Publishers, rep.1968, p. 28. El interés por la sociabilidad intrínseca del ser humano adquirió, sin embargo, matices muy distintos entre los filósofos escoceses. Por ejemplo, para Adam Ferguson, la beligerancia natural del ser humano es la que se convierte, más bien, en motor fundamental del progreso. Sobre la peculiar postura de Ferguson respecto al resto de *literati*, véase el instructivo estudio de HILL, L., “Eighteenth-Century Anticipations of the Sociology of Conflict: The Case of Adam Ferguson”, *Journal of the History of Ideas*, 62, 2001, pp. 281-99. Así, según esa autora: “Along with Shaftesbury, Hutcheson, and Smith, Ferguson wanted to repudiate Hobbes’s morbid view of human nature, and yet here he is unequivocally embracing a key Hobbesian assumption, namely, man’s essential belligerence.” P. 284.

<sup>22</sup> MEEK, R. L., *Social Science and the Ignoble Savage*. Cambridge: Cambridge University Press, 1976, p. 1.

pectivas teorías del avance material humano.<sup>23</sup> Meek destaca sobre todo, entre los pioneros escoceses de la teoría, a John Dalrymple, Henry Home (Lord Kames) y Adam Smith.

La “teoría del orden espontáneo” explicada por R. Hamowy en su valioso estudio monográfico, representa un segundo núcleo fundamental de problemas derivado del interés de los ilustrados escoceses por comprender las bases de la dinámica social.<sup>24</sup> Por cierto que dicha teoría se traslapa fácilmente, llegando incluso a fusionarse, con la misma ley de las consecuencias imprevistas o no premeditadas, arriba mencionada. Ambas constituyen intentos por revelar los complejos mecanismos que hacen funcionar a las sociedades económica y políticamente avanzadas. Importa subrayar desde ya que de las dos teorías es posible extraer una noción más diferenciada de ‘progreso’ que la usualmente asociada con la época de la Ilustración (sobre este punto se volverá más adelante en el trabajo). Ahora considérese, siguiendo de cerca el autorizado estudio de Hamowy, los principales supuestos del enfoque del orden espontáneo. Así como Meek destaca la teoría de los cuatro estadios como la aportación teórico-económica general más sobresaliente del período ilustrado, Hamowy defiende con igual vehemencia que la creencia en un orden social constituido en forma no (enteramente) premeditada, es decir, a partir de ciertas directrices o planes inteligentes previos, sino (básicamente) accidental o espontánea, constituye, quizá, la aportación sociológica individual más significativa de los autores de la Ilustración escocesa.<sup>25</sup>

La idea de una organización social basada en factores muchas veces aleatorios, tal y como fue empleada por varios de los moralistas escoceses como recurso interpretativo de procesos sociales e históricos, hace referencia al

---

<sup>23</sup> Así condensa Meek el contenido de la teoría de las fases históricas: “In its most specific form, the theory was that society ‘naturally’ or ‘normally’ progressed over time through four more or less distinct and consecutive stages, each corresponding to a different mode of subsistence, these stages being defined as hunting, pasturage, agriculture, and commerce. To each of these modes of subsistence, it came to be argued, there correspond different sets of ideas and institutions relating to law, property, and government, and also different set of customs, manners, and morals.” *Ibid.*, p. 2.

<sup>24</sup> Cf. para lo que sigue, de HAMOWY, R., *The Scottish Enlightenment and the Theory of Spontaneous Order*. Carbondale and Edwardsville: Southern Illinois University Press, 1987.

<sup>25</sup> Con palabras de Hamowy: “The theory, simply put, holds that the social arrangements under which we live are of such high order of complexity that they invariably take their form not from deliberate calculation, but as the unintended consequence of countless individual actions, many of which may be the result of instinct and habit. [...] Society is not the product of calculation but arises spontaneously, and its institutions are not the result of intentional design but of men’s actions which have as their purpose an array of short-term private objectives.” *Ibid.*, p. 3.

resultado de actos cuyas consecuencias no anticipadas, surgidas ‘espontáneamente’ de la misma dinámica social, impactan de modo visible en las instituciones humanas. En ese sentido, como anota Hamowy, su ámbito de aplicación es más restringido que las teorías afines – pero de aplicación más general – como la de las *consecuencias no anticipadas de la acción social intencionada o deliberada* (R. K. Merton) y la de la *heterogeneidad de los fines* (D. Forbes). Si bien la teoría de las consecuencias no intencionadas tiene antecedentes antiguos – un caso notorio es Vico, a quien D. Forbes cita como padre intelectual de una extensa progenie de parecidos enfoques sociológicos<sup>26</sup> –, Hamowy cree que la influencia inmediatamente anterior más significativa sobre los autores escoceses proviene de las impactantes ideas del médico holandés Bernard Mandeville.

En vista de la importancia e influencia de la amplia (doble) ‘teoría de las consecuencias no intencionadas’ – *cum* – ‘teoría del orden espontáneo’ al interior de la Ilustración escocesa, es necesario ofrecer algunos breves ejemplos de su adopción por parte de tres autores fundamentales: David Hume, Adam Smith, y Adam Ferguson. Sin embargo, conviene de previo hacer una pausa para considerar algunas de las tesis más polémicas de Mandeville. La digresión se justifica plenamente habida cuenta la penetrante huella intelectual de Mandeville, misma que cabe rastrear con facilidad en la filosofía moral del siglo dieciocho. La concentración en este autor también se explica en un trabajo como el presente en razón de su influjo – tan directo quizá como el de Thomas Hobbes – al mantener viva la discusión sobre la paradoja, tal vez fundamental, en opinión de los filósofos escoceses, del progreso social: *¿virtud o corrupción?*. Bien que de paso hay que recordar que la tarea de oponerse al egoísmo y naturalismo extremos de corte hobbesiano, se constituyó en una de las tareas más urgentes para los *literati* del siglo dieciocho.<sup>27</sup>

---

<sup>26</sup> Cf., sobre esta referencia, a Carrithers, *op. cit.*, p. 246. Forbes cita en efecto al autor de la *Scienza Nuova Seconda* (en su parágrafo 1108): “Perché pur gli uomini hanno essi fatto questo mondo di nazioni...ma egli è questo mondo, senza dubbio, uscito da una mente spesso diversa ed alle volte tutta contraria e sempre superiore ad essi fini particolari ch’essi uomini si avevan proposti; quali fini ristretti, fatti mezzi per servire a fini piú ampi, gli ha sempre adoperati per conservare l’umana generazione in questa terra...”. FORBES, D., “‘Scientific’ Whiggism: Adam Smith and John Millar”, *Cambridge Journal*, 7, 1954, p. 658.

<sup>27</sup> Cudworth, Shaftesbury, Butler, Hutcheson, entre muchos otros, estimaron imperativo oponerse al mortífero escepticismo moral hobbesiano. La razón para esos autores era evidente, pues, como lo expone D. F. Norton, para Hobbes: “*Goodness or virtue* [...], have no more application to the actions (motions) of a human being than they have to the actions of an animal: they are merely names for what is pleasant or satisfying to creatures with desires, where desire itself is represented as no more than a response [...] to the forces which act on the desiring individual.” Cf. NORTON, D. F., *David Hume. Common-Sense Moralist, Sceptical*



Durante mucho tiempo, comenzando con la publicación de *The Grumbling Hive; or Knaves Turn'd Honest* (1705), Mandeville fue considerado algo así como el villano por antonomasia de la filosofía moral del siglo XVIII. Su impacto sobre la cultura europea en general y sobre las discusiones más especializadas acerca de las causas del vicio y la virtud en particular, no pudo dejar de sentirse en un contexto social como el escocés, que por entonces tenía a sus intelectuales más talentosos embarcados en un arduo proceso colectivo de examen de conciencia moral. Como lo explica J. B. Schneewind en su autorizada historia de la filosofía moral del período, desde su primera aparición, las obras de Mandeville fueron atacadas y condenadas por un público que no podía ignorarlas dada la fascinación y provocación irresistibles que ejercían. Incluso, otro especialista, E. J. Hunter, ha llegado a afirmar que la paradójica tesis de Mandeville, “vicios privados, beneficios públicos [*Private vices, Publick benefits*]”, “fue la máxima más célebre del siglo dieciocho.”<sup>28</sup>

Con arreglo a la visión naturalista mandevilleana, la sociedad humana

---

*Metaphysician*. Princeton: Princeton University Press, 1982, p. 23. Por contra, F. Hutcheson estimaba autoevidente que la especie humana poseía de forma natural, antes que un desenfrenado amor o interés propio mandevilleano y un crudo egoísmo hobbesiano, una propensión benevolente hacia sus semejantes: “As to the love of benevolence, the very name excludes self-interest. We never call that man benevolent, who is in fact useful to others, but at the same time only intends his own interest, without any ultimate desire of the good of others.” Cit. por Broadie, *op. cit.*, p. 132. Según el parecer de Lord Shaftesbury, la virtud no es un producto involuntario del vicio, sino el vicio una manifestación de la ausencia de virtud: “VIRTUE is the good, and VICE the ill of every one.” Cit. por RAPHAEL, D. D. (ed.), *British Moralists 1650-1800*. Vols. I-II. Oxford: Clarendon Press, 1969, aquí: Vol. I, p. 188. Para Joseph Butler, amor propio y benevolencia no se contraponen, se complementan en la medida que ambos demuestran “that we were made for society, and to promote the happiness of it; as that we were intended to take care of our own life, and health, and private good.” Cit. por Raphael, *ibid.*, Vol. I, p. 342.

<sup>28</sup> HUNDERT, E. J., “Bernard Mandeville and the Enlightenment’s Maxims of Modernity”, *Journal of the History of Ideas*, 56, 1995, p. 578. Según la más reciente estimación de Schneewind: “He outraged his contemporaries with paradoxes about morality and economics that fascinate us as much by their ambiguity as by their apparent depth. What he wrote was not so much moral philosophy itself as an examination of the social effects of morality. Yet his work revolved around a major issue in moral theory itself – the relation between morality and personal well-being. [...] None of his books made him popular with the orthodox, but refutations and condemnations by judicial bodies seemed only to assist his works, especially *The Fable of the Bees* [publicada en entregas entre 1714, 1723 y 1728], with its infuriating subtitle, *Private Vices, Publick Benefits*, in reaching an astonishingly large audience all over Europe.” SCHNEEWIND, J. B., *The Invention of Autonomy. A History of Modern Moral Philosophy*. Cambridge & New York: Cambridge University Press, 1998, pp. 324-5.

está constituida por un abigarrado conjunto de intereses y pasiones individuales, unidos con el único propósito de satisfacer primitivos apetitos egoístas. Según M. Jack, la avaricia y el orgullo son dos de las pasiones dominantes en la vida económica del ‘enjambre’ humano descrito por Mandeville, en torno a ellas se teje el entramado social que mantiene cohesionadas a las modernas sociedades comerciales. Así como “la avaricia lleva a los hombres a adquirir y acumular riquezas”, así también “el orgullo los hace aspirar a honor y estatus en los ojos de sus pares.”<sup>29</sup> El regocijo de Mandeville es patente al comprobar que en el vicio del “orgullo” está el “origen de la virtud”, de tal manera que aquel resulta ser, conclusión en extremo chocante, el progenitor de la mayoría de los beneficios sociales.<sup>30</sup> A tenor de dicha constatación sobre el escabroso ligamen entre orgullo, amor propio, virtud y ventajas sociales, Mandeville cree que por ello los legisladores más sagaces en la historia han sabido aprovechar la adulación o la lisonja (*flattery*), ante la que nadie puede resistirse, para conseguir sus propósitos.<sup>31</sup> Como no podía ser de otra manera, el sombrío cuadro de las motivaciones humanas pintado por Mandeville provocó la indignada reacción de los *literati*.

Podría decirse que las provocativas ideas de Mandeville dieron pie para que los moralistas escoceses pensaran aún más hondamente en las complejidades inherentes a la relación entre el desarrollo histórico – especialmente en su manifestación más visible, como crecimiento económico – y el delicado ámbito de los motivos y actos morales. En efecto – retomando aquí una idea desarrollada por M. M. Goldsmith –, Hutcheson, Hume y Smith objetaron de modo explícito y tajante las opiniones de Mandeville, pero lo hicieron al mismo tiempo que adoptaban y adaptaban aspectos significativos de su enfoque moral al interior de sus propios relatos sobre los intrincados fundamentos de la sociabilidad humana.<sup>32</sup> En especial, resulta persuasiva la interpreta-

<sup>29</sup> JACK, M., *Corruption & Progress. The Eighteenth-Century Debate*. New York: A M S Press, 1989, p. 28.

<sup>30</sup> Así lo pone Lovejoy en un fascinante ensayo sobre el tema: “This [e.d., que el orgullo engendra la virtud] to him [e.d., Mandeville], of course, was the most pleasing paradox of all, that ‘virtue’ itself should be the child of what had commonly been called a ‘vice’ – and, according to an age-old tradition, the worst of the vices.” Cf. LOVEJOY, A. O., “The ‘Love of Praise’ as the Indispensable Substitute for ‘Reason and Virtue’ in Seventeenth- and Eighteenth-Century Theories of Human Nature”, en: *Reflections on Human Nature*. Baltimore: The Johns Hopkins Press, 1968, pp. 153-93, aquí: p. 172.

<sup>31</sup> “They thoroughly examined all the strength and frailties of our nature, and observing that none were either so savage as not to be charmed with praise, or so despicable as patiently to bear contempt, justly concluded, that flattery must be the most powerful argument that could be used to human creatures.” Cit. por Rapahel, *op. cit.*, Vol. I, p. 230.

<sup>32</sup> Con palabras de Goldsmith: “All [es decir, Hutcheson, Hume y Smith] rejected the sug-

ción de uno de sus defensores contemporáneos, respecto a la influencia de la versión mandevilliana de la teoría de las consecuencias no intencionadas en la conformación de la teoría social humeana.<sup>33</sup>

La razón por la cual el presente trabajo se ha detenido con cierta parsimonia en recordar algunas de las ideas de Mandeville es, sencillamente, que este autor puso sobre el tapete de las discusiones filosófico-morales de la época un buen número de cuestiones que ayudaron a conformar en forma decisiva – las más de las veces por la vía del contraste o del intento de refutación – los enfoques de algunos de los principales intelectuales escoceses del siglo dieciocho, en especial de Hutcheson, Hume y Smith – pero incluso más allá, en tierras continentales, como fue el caso de Rousseau. El enfoque de Mandeville ventiló definitivamente la problemática relación entre el progreso material, el incremento de lujo y riqueza en una sociedad comercial moderna, con las aspiraciones de perfeccionamiento o realización moral de algunos de sus miembros más críticos. Mandeville expuso en toda su crudeza otra de las paradojas fundamentales del progreso de la civilización occidental, el hecho de que ésta había surgido nada menos que de la vanidad y el interés propio consustancial de la especie humana. El médico holandés planteó varias de aquellas “paradojas mortales” del progreso, así llamadas por Rousseau, entre las que se cuenta la repugnante pero en apariencia inescapable constatación de que la “corrupción era un adjunto necesario del progreso

---

gestion that selfish and self interested behavior was itself wrong. By so doing they could argue that the behavior typical of a commercial society (condemned as luxury and vice by much civic humanist and Christian natural law thought) was morally acceptable. They could do this because they accepted Mandeville’s demonstration that this behavior was beneficial but discarded the rigid, impossible standard of virtue that he undermined by insisting upon.” Cf. GOLDSMITH, M. M., “Regulating anew the Moral and Political Sentiments of Mankind: Bernard Mandeville and the Scottish Enlightenment”, *Journal of the History of Ideas*, 49, 1988, p. 604.

<sup>33</sup> Se trata por supuesto de F. A. Hayek: “It is only in Hume’s work that the significance of Mandeville’s efforts becomes wholly clear, and it was through Hume that he exercised his most lasting influence.” ¿En qué consistió el aporte mandevilleano?. La perspicaz estimación de Hayek merece ser citada en forma integral: “His main contention became simply that in the complex order of society the results of men’s actions were very different from what they had intended, and that the individuals, in pursuing their own ends, whether selfish or altruistic, produced useful results for others which they did not anticipate or perhaps even know; and finally, that the whole order of society, and even all that we call culture, was the result of individual strivings which had no such end in view, but which were channeled to serve such ends by institutions, practices and rules which also had never been deliberately invented but had grown up by the survival of what proved successful.” HAYEK, F. A., “Dr Bernard Mandeville”, en: F. A. Hayek, *New Studies in Philosophy, Politics, Economics and the History of Ideas*. Chicago: The University of Chicago Press, 1978, pp. 253, 264.

de la civilización”, y que las florecientes sociedades europeas no eran más que “agregados de individuos auto-interesados, ligados unos a otros por lazos de envidia, competencia y explotación.”<sup>34</sup>

La influencia de Mandeville se hizo entonces patente no solo en el ámbito más restringido de la filosofía moral, sino también en relación con la teoría de las consecuencias no intencionadas y del orden social espontáneo. De su posición se desprende que los gobernantes sabios dejarán que la sociedad siga su curso, no intentando reprimir los impulsos egoístas de las personas, sino, como explica N. Rosenberg, procurando facilitar los canales o surcos mediante los cuales puedan producir – en forma no deliberada – frutos socialmente útiles.<sup>35</sup> Con respecto a Hume, Hamowy ofrece varios ejemplos llamativos del modo en que este filósofo aplicó la teoría de las consecuencias no intencionadas. Entre ellos sobresale su examen de la justicia como una *virtud artificial*, de hechura humana. Las leyes que rigen su ejercicio no surgen como consecuencia de un proceso natural, sino de la interacción de factores cuya convergencia da como resultado el bien público. Bajo la influencia de Mandeville (pero también de Hobbes), Hume menciona el amor propio como el “origen real” de las leyes de la justicia. El choque entre distintos intereses produce una armonía necesaria pero no buscada entre las personas.<sup>36</sup> Sin embargo, la justicia, aunque ‘artificial’, tiene, para Hume, como comenta J. Mackie, una justificación “tan obvia y tan necesaria que los hombres no habrían podido vivir mucho tiempo sin establecerla.”<sup>37</sup> En suma, al parecer de Hamowy, no cabe duda que Hume utilizó intensivamente la teoría del orden espontáneo *plus* consecuencias no deliberadas en diferentes contextos, siempre con vistas a explicar fenómenos tan variados como “el desarrollo del conocimiento técnico, el origen de las leyes de la moralidad, y la evolución de las instituciones políticas.”<sup>38</sup>

En lo que atañe a otros autores la situación es muy similar. En Adam Smith, el carácter espontáneo y auto-coordinado de complejos patrones sociales vale por igual para su teoría económica y su filosofía moral. Desde ambas se asume que el progreso surge de “una miríada de acciones humanas

---

<sup>34</sup> Hunter, *op. cit.*, p. 593.

<sup>35</sup> ROSENBERG, N., “Mandeville and Laissez-Faire”, *Journal of the History of Ideas*, 26, 1963, p.189.

<sup>36</sup> Hume: “This system [de la justicia], therefore, comprehending the interest of each individual, is of course advantageous to the public; tho’ it be not intended for that purpose by the inventors.” *Treatise*, III, Pt. II, sect. vi.

<sup>37</sup> Cf. MACKIE, J. L., *Hume’s Moral Theory*. London: Routledge & Kegan Paul, 1980, p. 83.

<sup>38</sup> Hamowy, *op.cit.*, p. 13.

no coordinadas respecto a numerosos sucesos históricos.”<sup>39</sup> Smith se enfrentó también a la paradoja mandevilleana fundamental de la sociedad comercial: la realidad de toparse con resultados benevolentes de intenciones egoístas. La intervención de la celeberrima “mano invisible” explica dicha paradoja como un efecto más de consecuencias no intencionadas.<sup>40</sup> Por su parte, Adam Ferguson se decantó a favor de la creencia en el progreso social gradual de la humanidad, pero estaba convencido del origen mayormente involuntario, no intencionado de las instituciones en que dicho proceso cristalizaba.<sup>41</sup>

### III

La somera presentación efectuada alrededor de ciertos temas abordados de forma persistente por los ilustrados escoceses ha querido cumplir dos objetivos básicos. Por un lado, repasar algunas de las narraciones actuales más autorizadas sobre los orígenes y características generales de la Ilustración escocesa. Por otro, destacar la ubicuidad en las reflexiones de aquellos autores del tema tripartito que constituye el eje orientador del presente trabajo, a saber: historia – moralidad – progreso. Dichos objetivos no deberían tener carácter controversial alguno. Como ya se anotó en los párrafos iniciales del trabajo, se basan en los resultados – mayormente aceptados en sus contornos generales – de algunas de las más competentes investigaciones historiográficas sobre el tema.

En esta tercera y última sección del trabajo el esfuerzo se concentrará en insistir sobre dos puntos principales, a los que en todo caso ya se ha hecho alusión en el transcurso de esta pesquisa, que sí pueden estar más abiertos al debate y la interpretación. De un lado, se busca precisar aquel sentido más específico de ‘progreso’, del cual podría aún decirse que representa un aporte escocés con un significado filosófico vigente. De otro, de manera filosóficamente más restringida pero conectada con la cuestión anterior, se subraya

<sup>39</sup> *Ibid.*, p. 18.

<sup>40</sup> Cf. el estudio fundamental de I. Hont y M. Ignatieff, “Needs and Justice in the *Wealth of Nations*: an Introductory Essay”, en: HONT, I, y M. IGNATIEFF (eds.), *Wealth and Virtue. The Shaping of Political Economy in the Scottish Enlightenment*. Cambridge: Cambridge University Press, 1983, pp. 1-44, pero, especialmente, p. 8 *et seq.*

<sup>41</sup> “Mankind, in following the present sense of their minds, in striving to remove inconveniences, or to gain apparent and contiguous advantages, arrive at ends which even their imagination could not anticipate, and pass on, like other animals, in their track of their nature, without perceiving its end.” FERGUSON, A. *An Essay on the History of Civil Society* [1767]. Ed. by F. Oz-Salzberger. Cambridge: Cambridge University Press, 1995, p. 119.

la aportación que del todo cabe todavía extraer con provecho, específicamente para el ámbito de la filosofía de la historia, del fondo teórico común legado por aquellos autores. Aunque en principio parecería evidente la importancia histórica y filosófica que ostenta de suyo el enfoque social ilustrado escocés, no ha sido esa sin embargo la opinión que ha prevalecido siempre. El breve comentario que sigue se ofrece como ejemplo del modo en que la ilustración escocesa pasó sencillamente desapercibida (o fue malentendida) en influyentes estudios del siglo XX.<sup>42</sup>

Hasta hace relativamente poco era un lugar común, entre prestigiosas obras dedicadas a exponer la naturaleza y características de la filosofía de la historia, descalificar sin mayor ceremonia a la Ilustración (en general) como un período carente de algo así como conciencia histórica. Por supuesto, la más restringida y ‘modesta’ Ilustración escocesa con frecuencia pasaba casi por inexistente en los relatos más tradicionales. Otra tendencia que reaparece con cierta asiduidad es la de generalizar para los autores de todas las nacionalidades un mismo repertorio de rasgos ‘típicamente’ ilustrados. Como cuando R. G. Collingwood escribe, en forma desorientadora, que los ingenios filósofos del siglo XVIII, partiendo de premisas falaces (inspiradas en gran medida por Hume), no podían sino “creer en el advenimiento de una utopía en la cual se habrían resuelto todos los problemas de la vida humana.”<sup>43</sup> Las opiniones de Collingwood pueden hallar justificación aplicadas a casos extremos de optimismo secular en el progreso y la perfectibilidad humana futura<sup>44</sup>, mas no cuando se trata de una visión más sobria de progreso, como la apadrinada por varios de los filósofos escoceses.

Tornando la vista a casos más extremos de ‘invisibilidad’ de la Ilustración dieciochesca, repárese ahora en dos respetadas obras anglosajonas, bien conocidas por sus traducciones en el mundo hispano parlante, que se presentan como introducciones al tema de la filosofía de la historia. Se trata de los

---

<sup>42</sup> Sobre el lugar del movimiento escocés en el conjunto general de temas de la Ilustración, consúltese la útil introducción de Berry, *op. cit.*, cap. I.

<sup>43</sup> COLLINGWOOD, R. G., *Idea de la historia*. Trad. de E. O’Gorman y J. Hernández Campos. 19ª reimpr. México: FCE, 1996, p. 90.

<sup>44</sup> Quizá el ejemplo más claro sea el de Condorcet, cuyo optimismo desaforado fue criticado por el propio Comte. Según Karl Löwith, el positivista francés “calificó las esperanzas de Condorcet, referentes a la perfectibilidad humana, de *quiméricas* y *absurdas*”. Parece llevar razón ese autor en la siguiente afirmación: “La pasión por la razón y por la justicia de hombres del siglo XVIII como Condorcet, Turgot, Saint-Simon y Proudhon, dio origen a una clase de fervor que puede en verdad ser llamado *religioso*, aunque no tuviera nada de ello.” Cf. LÖWITH, K., *El sentido de la historia. Implicaciones teológicas de la filosofía de la historia* [1949]. 3ª ed. Trad. de J. Fernández Bujan. Madrid: Aguilar, 1968, p. 135.

trabajos de W. Dray y W. H. Walsh. Aunque hay muchas cosas valiosas que rescatar del libro de Walsh, no es posible coincidir con su veredicto sobre el período ilustrado. Refiriéndose a la filosofía especulativa de Kant – seleccionada como muestra representativa del pensamiento de la época – , Walsh escribe en forma lapidaria que su actitud “singularmente ahistórica” fue “en este como en otros aspectos un producto típico de la Ilustración” – cuyas manifestaciones particulares, excepción hecha de la teoría kantiana, Walsh omite considerar en su libro.<sup>45</sup> Por su parte, Dray ni siquiera comienza su relato de las filosofías especulativas de la historia con Kant, sino con Hegel.<sup>46</sup> Desde luego, en la obra de Dray no hay tampoco mención de los aportes de los ilustrados escoceses al tema, característico de la época de las Luces, de una ‘historia filosófica’, ni de los más conocidos, como Hume, Smith y Ferguson. La situación ha mejorado considerablemente en trabajos más recientes, pero es claro que no lo suficiente, la Ilustración escocesa sigue ocupando, si del todo, un lugar marginal en las narraciones histórico-filosóficas.<sup>47</sup>

A tenor de lo expuesto con antelación, a nadie sorprenderá que opiniones en extremo generalizadoras (como la citada de Collingwood) en torno al significado y alcances de la idea ilustrada de ‘progreso’ hayan marcado la pauta a la hora de enjuiciar el aporte teórico de la Ilustración. En este lugar vale la pena recurrir, de nuevo, a la propuesta de D. Carrithers en el sentido de diferenciar dos clases principales de teorías acerca del progreso durante el siglo XVIII. Luego de dicha presentación se pasará a comentar la propuesta recién-

---

<sup>45</sup> WALSH, W. A., *Introducción a la filosofía de la historia*. Trad. de F. M. Torner. México: Siglo XXI editores, 1968, p. 146. Por el contrario, considérese el categórico juicio opuesto de E. Cassirer, en su magistral estudio de la Ilustración: “La opinión corriente de que el siglo XVIII es un siglo específicamente ahistórico, no es una concepción históricamente fundada ni fundable; es más un lema y una consigna acuñada por el Romanticismo para luchar contra la filosofía de las Luces.” CASSIRER, E. *Filosofía de la Ilustración*. Trad. de E. Ímaz. 4ª reimpr. México: FCE, 1997, p. 222.

<sup>46</sup> DRAY, W. H., *Filosofía de la historia*. Trad. de M. K. Brown, rev. por R. Cordero Amador. México: Uthea, 1965, p. 106.

<sup>47</sup> Basten tres ejemplos. En la útil obra de SUÁREZ, L., *Grandes interpretaciones de la historia*. Pamplona: Eunsa, 1976, hay lugar para la Ilustración y para alguna que otra mención ocasional a Hume. Empero, la mayor parte de la atención la acaparan aún los más conocidos ilustrados franceses. En la reciente antología de BURNS, R. M. y H. RAYMENT-PICKARD (eds.), *Philosophies of History. From Enlightenment to Postmodernity*. Oxford: Blackwell, 2000, parece despuntar una nueva actitud. En esta obra el capítulo 2, dedicado a la Ilustración, tiene como protagonistas a tres de los autores más representativos del período: Hume, Condorcet y Kant. Por el contrario, en otra reciente antología de textos de autores clásicos en filosofía de la historia, representantes de la Ilustración escocesa brillan por su ausencia, cf. LEMBECK, K. H. (Hg.), *Geschichtsphilosophie*. Freiburg & München: Alber, 2000.

te de otro autor, H.-M. Baumgartner, con vistas a estimar las perspectivas actuales de la filosofía de la historia.

Es importante distinguir, asegura D. Carrithers, dos concepciones dominantes, durante la época de la Ilustración, acerca del carácter evolutivo del progreso. Una teoría de impulso *utópico* estuvo representada por figuras como las de Condorcet, D. Hartley, J. Priestley y W. Godwin; para ellos, la creencia en el progreso y la perfectibilidad humana habría adquirido la dimensión de exaltada religión social. Pero también tuvo un papel significativo una teoría del progreso más *sobria*, un “evolucionismo sociológico”, que Carrithers vincula a filósofos escoceses influenciados por ideas de Montesquieu. A diferencia de los más entusiastas *philosophes* franceses, los escoceses no consideraron que “el descubrimiento de la evolución histórica de la rudeza al refinamiento fuese equivalente a la predicción de un progreso continuo”.<sup>48</sup>

En gran medida, la razón de dicha actitud más cauta en lo que concierne a las posibilidades futuras de progreso social, parece residir en que los *literati* escoceses eran más concientes que sus semejantes franceses del carácter ‘dialéctico’ de la historia. Este carácter se pone de manifiesto, por ejemplo, en la presencia inerradicable de ciertas secuelas indeseables, con frecuencia también imprevistas, que acompañan a los indicadores del proceso general de avance histórico – en el caso de los escoceses, la corrupción y el vicio como rémoras del lujo y la abundancia material. Pero si es posible extraer de las reflexiones de los moralistas escoceses una visión más contenida y ‘realista’ del progreso, entonces también es dable reconsiderar desde ella la naturaleza y perspectivas actuales de ejercicio de la filosofía de la historia. Con relación a este punto, repárese, para comenzar, en las reflexiones sobre el tema ofrecidas por H.-M. Baumgartner.

El objetivo central que Baumgartner persigue en uno de sus trabajos es intentar una recuperación de la filosofía de la historia luego del fin de la ‘filosofía de la historia’.<sup>49</sup> En primer lugar, su interés se concentra en determinar los distintos significados del término ‘filosofía de la historia’. Son tres los

---

<sup>48</sup> Carrithers, *op. cit.*, p. 236.

<sup>49</sup> BAUMGARTNER, H.-M., “Philosophie der Geschichte nach dem Ende der Geschichtsphilosophie. Bemerkungen zum gegenwärtigen Stand des geschichtsphilosophischen Denkens” [1987], en: Nagl-Docekal, H. (Hg.), *Der Sinn des Historischen. Geschichtsphilosophischen Debatten*. Frankfurt am Main: Fischer, 1996, pp. 158. El título principal de este ensayo, un juego idiomático característico de la lengua alemana, no es posible verterlo literalmente al castellano. Sin embargo, se espera que su sentido implícito se revele gradualmente en lo que resta de la exposición.



que destacan en su repaso. De una parte, la expresión señala a un conjunto de reflexiones en torno a la información fáctica de las fuentes históricas; de otra, el término puede designar también la pretensión de conocer en su conjunto el proceso de la historia; finalmente, el concepto de ‘filosofía de la historia’ se toma como una noción general que abarca el estudio de los diversos medios cognitivos empleados para el estudio de la historia.<sup>50</sup> En segundo lugar, el ensayo de Baumgartner proporciona una consideración del problema medular de la filosofía de la historia: la cuestión en sí del proceso histórico y de la posibilidad de su conocimiento. En este punto el autor distingue y discute dos modelos principales: el “biomorfo” (*biomorphe*, con autores como Spengler, Agustín y Cicerón) y el “raciomorfo” (*ratiomorphe*, representado entre otros por Kant, Schelling, Fichte y Hegel). Se rechaza la ambición implícita en estos modelos de tener acceso a algo así como las leyes *a priori* de la historia universal. No obstante, esa objeción no los vuelve inútiles, pues estos modelos pueden seguir funcionando como ‘esbozos heurísticos’ para la interpretación del material histórico.

A criterio de Baumgartner, está claro que ninguno de tales esbozos puede proporcionar un conocimiento *esencial* de los acontecimientos. La razón es tan inescapable como simple: la historia no es un proceso de desarrollo abaricable y cognoscible por medios apriorísticos. La evolución histórica se ofrece más bien como un proceso abierto, determinado por lo que puedan hacer los actores tanto como por el conjunto de condicionantes de la acción. Sobre todo, en tanto que acaecimiento abierto, no predeterminado, “la historia es un acaecimiento de la libertad del que no se puede disponer”, se presenta como destino abierto, se trata de “un suceso desde la libertad humana y no un proceso *a priori* conducente a la libertad.”<sup>51</sup>

En tercer lugar, a Baumgartner le interesa no solamente reconstruir el proceso de decadencia de la filosofía de la historia sino ante todo proponer una perspectiva positiva para su supervivencia. Que la filosofía de la historia no disfrute en la actualidad del mismo rango que en épocas pasadas se debe a que la historia ya no desempeña, ni de lejos, el papel de eje orientador, de “símbolo redentor de la humanidad”, según Baumgartner, sustitutivo de Dios y la naturaleza, que sí representó en sus más gloriosos comienzos durante la Ilustración. Baumgartner menciona varias razones coadyuvantes en su pro-

<sup>50</sup> *Ibid.*, p. 158.

<sup>51</sup> “Die Geschichte ist vielmehr ein offener Prozess, in dem es auf jeden Handelnden und die Bedingungen des Handelns ankommt. [...] Die Geschichte ist ein unverfügbares Freiheitsgeschehen [...] sie ist Schicksal[...] ein Geschehen aus menschlicher Freiheit, nicht ein a priori zur Freiheit führender Prozess.” *Ibid.*, p. 163.

ceso de decadencia: las críticas a la concepción sustancialista de la razón impulsada por el idealismo alemán; desde ahí, la crisis del concepto mismo de 'progreso'; la sustitución de un enfoque especulativo sobre la historia por otro centrado en problemas epistemológicos específicos del conocimiento histórico; finalmente, un cierto retorno del concepto de 'naturaleza', tanto bajo la forma de una antropología filosófica naturalizada, como en la de disciplinas científico-sociales también naturalizadas, según el modelo comteano de una física social.

En determinado momento de su trabajo, Baumgartner se pregunta si al final, después de haber liquidado las desmedidas ambiciones explicativas de la filosofía tradicional de la historia (propriadamente la *Geschichtsphilosophie*), no quedaría más que un decepcionante "escepticismo ilustrado" (*belehrte Skepsis*) respecto a los problemas inherentes a la consideración filosófica de la historia. Pues bien, Baumgartner cree posible practicar *todavía* una filosofía de la historia sobriamente alerta de sus limitaciones y posibilidades. De manera primordial contra el deseo desmesurado de ofrecer explicaciones 'esencialistas' del discurrir histórico, de sus causas y fines últimos, es preciso insistir, según él, en que el conocimiento histórico solo puede servir como medio orientador para una actuación más responsable dentro de los límites de lo humanamente posible. Mas en ningún caso como una suerte de piedra filosofal por aprovechar a placer para la profecía histórica.

La propuesta de Baumgartner puede servir de apoyo para abogar por una aproximación filosófica al acaecer histórico más a la medida de las posibilidades humanas de comprensión intelectual de la realidad. Y es aquí, justamente, donde la tesis principal del presente trabajo sobre la actualidad o relevancia filosófica de la Ilustración escocesa encuentra también mayor sustento teórico, calzando el enfoque de Baumgartner con la caracterización hecha por Carrithers del carácter distintivo de las especulaciones escocesas sobre la idea de progreso. Recuérdese que el interés primordial de los moralistas escoces no era el de proponer relatos 'esencialistas' del discurrir histórico. Aunque es cierto que su confesa ambición de seguir *the newtonian way* para el estudio de los fenómenos sociales podría dar pie para pensar en un ingenuo afán 'cientifista' de su parte, es más correcto interpretar dicho interés en el sentido de querer asentar sobre métodos empíricos, que en modo alguno garantizan infalibilidad u omnisciencia, el estudio de procesos históricos relevantes por su carácter ejemplar. De ahí que ante la actitud más cauta de los *literati* no encuentren justificación las críticas de algunos autores contra los excesos de filosofías especulativas de la historia, críticas que suelen achacársele, de forma generalizadora, a la Ilustración tomada con un bloque homogéneo.

Es importante recordar, de una parte, que los filósofos escoceses, aunque comprometidos con la tarea de entender las circunstancias y condiciones que propician la meta del progreso, no creían posible descifrar algo así como la trama oculta o secreta del curso futuro de los eventos. Su firme creencia en el progreso, así como la confianza en que su propia *polished and refined society* estaba enrumada hacia un estado de bienestar nunca antes experimentado por las ‘rudas naciones’ del pasado, no los comprometió por ello con una perspectiva ‘historicista’ – en el infame sentido atacado por Popper. Este tipo de compromiso fue debidamente impedido por la aceptación que tuvo entre un grupo significativo de aquellos filósofos la creencia en la acción de consecuencias no deliberadas o intencionadas en la historia. Esta creencia contribuyó de modo determinante para que su teoría social no se descarriara a favor de una noción simplista, rectilínea del progreso histórico. Por otra parte, la visión secular predominante en sus relatos históricos de carácter conjetural, o en sus interpretaciones de los orígenes de eventos políticos influyentes, evitó que su creencia en el progreso estuviese sobredeterminada, por decirlo así, con un lastre quiliástico susceptible de alentar la búsqueda fútil de diseños, planes o patrones preestablecidos para la historia.

Al comienzo de este trabajo se planteó que la filosofía de la historia, modestamente entendida y enriquecida con algunos de los aportes teóricos elaborados por los filósofos escoceses, podría adquirir nuevos bríos, pese a una atmósfera intelectual dominante que le es hostil. En el curso de la exposición, pero sobre todo en esta última sección, se ha reiterado que son dos, en especial, los aportes de los filósofos escoceses que más pueden contribuir, tomados en forma conjunta y obviamente adecuados a las circunstancias actuales, a que dicha tarea (aquí solo insinuada) tenga mayores posibilidades de éxito. Dichos aportes son, de nuevo, la defensa de una noción más sobria del progreso humano, y la prudente consideración del papel desempeñado por las consecuencias no intencionadas de la acción humana en la historia.<sup>52</sup>

---

<sup>52</sup> Este trabajo forma parte de un proyecto de investigación inscrito en el Instituto de Investigaciones Filosóficas de la Universidad de Costa Rica. El autor desea agradecer a la Escuela de Filosofía de dicha Universidad la concesión de un cuarto de tiempo de su jornada laboral para llevarla a cabo.